PABLA ROMERO

*José Genina Cervantes**

—**P**ero bueno, ¿dónde carajos queda esa casa?—, soltó el médico pasante, harto ya de cabalgar, dos horas, a pleno sol, en medio de cañaverales perdidos entre la sierra de Morelos y Guerrero. El mismo caballo, flaco y lleno de cicatrices, se revolvía, hosco, y costaba mucho hacerlo andar.

—Ya mero llegamos, doctor, uff..., es pasando ese claro... allá..., donde se ve ese humito blanco—, jadeó Tomás, su acompañante de a pie, quien, con un afilado machete, se iba abriendo paso por entre las matas agrestes, cuidando de no toparse con alguna víbora.

Detrás del doctor Mikel Ulibarri, montando un escuálido burro, iba un tal Jeremías, medio alcoholizado, obeso, la mirada perdida. Era bajo de estatura y le faltaban dos dedos, el índice derecho y el pulgar izquierdo: se los habían mutilado en un secuestro, cuando joven; usaba unos lentes viejos sostenidos por una liga y los varios bultos que cargaba no impedían la ausencia de sus dos pistolas .38. Nada decía, sólo se secaba el sudor con un desgastado paliacate. A la distancia semejaban don Quijote y Sancho, aunque el primero tenía menos ingenio y más corpulencia, y el segundo menos preguntas y mayor malicia. Enmudecieron cuando escucharon, apenas, el melodioso repicar del agua en un riachuelo. Los tres tenían la garganta seca.

* Médico.

—¡Es por demás con ustedes, por más que uno les diga que a las parturientas las lleven al Centro de Salud, parecen animales, no entienden carajo! A ver si llegamos a tiempo para trasladarla, ni modo que en esta selva me ponga a atender un parto—, y se espantaba algunas avispa que, zumbando cerca de la cara, le cerraron la boca de inmediato.

Miró su reloj: las dos de la tarde. Si se apuraban llegarían a las cuatro o cinco, antes de que empezara el peligro en los caminos. Levantó la mirada para ver los tres cerros que darían sombra al regreso: estaban llenos de amapolas, blancas y rojas, todas hermosísimas. “La amapola es la flor más bella, más que la rosa”, pensó. “Su rojo es rojo de sangre y de luto, casi negro”. Le recordaban sus clases de toxicología, cuando estudió que, ya en algunas tablillas sumerias, se hablaba de la adormidera: 4000 años. “Sí —se imaginaba— seguro fueron las únicas flores que Eva logró sacar del Paraíso”. Sobre las faldas del cerro componían un bello dibujo de la naturaleza, sembrado con sangre de indio campesino, de indio soldado, de indio judicial o de indio rebelde; flores cuyos últimos artísticos destellos se disolverían en Manhattan, dentro de una aséptica jeringuilla coreana, en una cucharilla de plata.

Seguían avanzando. Las amapolas le recordaban también que decenas de ojos estaban ahí, espíándolo, con el odio del que ya siempre deberá ser espía, del que quemará sus pupilas en el miedo —en la seguridad— de una mira telescópica, cuyas pestañas sólo llorarán ya legañas de alcohol y traición. Ojos que no ven dónde orinan, que no ven cuántos billetes hay en un puño lleno, que se desorbitan ante el intangible punto cárdeno del láser homicida que bailotea en la geografía de un pensamiento de Dios. Ojos fundidos con el susurro paranoide que lo atrapa y lo castra: ya no distinguirán entre el brillo marino y lunar del tibio pecho de una muchacha de pueblo, de la culata de una AK47, ambas a la mano, ambas posibles deladoras. Nada hay más triste que la invidencia masculina frente a una mujer —propia o ajena, sonriente y vanidosa—, que se busca en el espejo de sus pupilas, secas por el miedo o la ambición. Ni la risa fingida ni el cansancio aparente del macho yerto engañan a la niña escrutadora que brota de toda mujer desnuda

cuando quiere entregarse. Sí, las amapolas escondían a los oráculos inútiles de la guerra del deseo. Estas oraciones a San Presente le subieron a Mikel por la tráquea y se le atoraron en las encías: por enésima vez lo aguijoneó, con más fuerza que nunca, la tentación de salir corriendo hasta la carretera y abordar un autobús rumbo al D.F. Espoleó al animal, continuaron.

Al cruzar un minúsculo arroyo de aguas muy claras, salieron del cañaveral hasta alcanzar un descampado, un oasis de arena cobriza en medio de tanta vegetación: al fin llegaban. Del lado derecho, los maizales estaban listos para la cosecha y por la izquierda las cañas formaban armónicas murallas verdes que, en otras circunstancias, podrían evocar orgullo nacional. Pero en ese momento todos estaban cansados y tensos. Hacía varias horas que el cielo se había tragado hasta la última nube; su quemante azul asía el paisaje entero y le demandaba, con su candente distancia, una imperecedera quietud fotográfica. Aunque salvaje, el sol quedó momentáneamente impotente y no taladraba el húmedo rincón por la abundante sombra de un gigantesco amate; sin embargo, el calor sofocaba y embrutecía.

Desmontaron. Jeremías detuvo las cabalgaduras a unos pasos de la choza, construida con palma y carrizo al pie del frondoso árbol. Un muchacho, tal vez de quince años, flaco y con un sombrero que le quedaba grande, cargaba una pequeña metralleta; enseguida amarró a los tres perros que no dejaban de ladrar, rabiosos. Calzaba huaraches y no perdía detalle de cuanto veía, sin fijar jamás sus ojos en los del médico. A la entrada de la palapa olía a detergente barato; encima de unas brasas, con buena lumbre, estaban dos enormes tinas de aluminio, maltratadas de tanto uso, con agua y jabón hirviendo, en las cuales una anciana lavaba sábanas, ayudándose por un grueso palo. Junto a ella, en un tendedero improvisado, se oreaban otras dos sábanas casi secas, impolutas, brillantes, enceguedoras.

—Bueno, a ver, ¿dónde está la paciente?, que ya nos la tenemos que llevar—, escupió el médico, al tiempo que tomaba un poco de agua de su cantimplora; derramó otro poco sobre su cabeza ardiente, limpiándose con una pañoleta vieja. Era una nuca amplia y una cabeza

grande; todo en él era grande: los brazos, las piernas, los ojos. No negaba su ascendencia vasca, pese a su artificial tono moreno gracias a las quemadas cotidianas en el servicio social. Le dolía la cadera de tanto montar y sentía los testículos calientes. Deseaba llevarse a la paciente y llegar al Centro de Salud antes de que anoheciera, pues era una zona bien conocida por refugiar talamontes clandestinos, narcotraficantes y secuestradores, casi todos plenos de magníficos contactos familiares con las policías y el ejército, así que lo mejor que podían hacer era largarse cuanto antes: el día, a diferencia de la noche, era buen compañero. La anciana ni siquiera lo miró; sin despegar los ojos de las tinas, simplemente se limitó a señalar, con artrítica mano, hacia la cortina de tela que daba acceso a la choza. El doctor se puso el sombrero, tomó su maletín, se agachó lo más que pudo y entró.

No estaba totalmente oscuro porque alcanzó a ver a una niña llorosa, de unos trece años, con un vientre enorme, los ojos negros y muy redondos, de condenada, mordiendo el terroso extremo de su rebozo, la frente perlada de sudor. En torno a ella, lo de siempre: una botella de aguardiente, un frasco de marihuana curada en alcohol, un casco de coca-cola con hierbas inidentificables y, en las sienes de la niña-madre, chiquiadores; tres veladoras y varias imágenes religiosas, junto a un viejo cuadro bien conservado de Emiliano Zapata, completaban el decorado. En una pequeña olla de peltre hervían varios cuchillos y dos tijeras viejas; como únicos datos de *futuro*, una pequeña mesa con ropa de niño y una caja grande envuelta como regalo de boda: moño blanco, azahar; una bolsa de mano, nuevecita, de la que alcanzaban a asomarse un collar de cuentas y dos rollos de billetes. Parecían dólares.

Por un momento, el doctor maldijo estar ahí. Se quedó en silencio y supo que lo habían engañado: no se trataba de llevar a una parturienta al Centro de Salud. Debió haberlo imaginado cuando llevaba cabalgando más de cuarenta minutos. Y lo había pensado: “Mejor les digo aquí mismo que me siento mal y me regreso”. Recordó que pudo pedir a la patrulla de soldados que lo ayudaran a volver y que no lo hizo. Siguió y los dejó pasar. No sabía por qué, a pesar de sus veintitrés años, seguía siendo un idiota. La imagen del médico héroe, que vacuna y alfabetiza, redentor de unos pobres despojados, no es fácil de borrar

de la refinadísima soberbia en alguien como Ulibarri. Todo eso recapacitó en una fracción de segundo: traicionado por Jeremías, se encontraba frente a la niña-mujer de un narco, a punto de parir. Nadie sabía dónde estaba. Si salía mal el parto, lo matarían en ese instante y nadie sabría nunca qué había pasado. Vio las imágenes religiosas, casi invocaba la ayuda divina cuando, de pronto, echó a reír. “Reflejos”, musitó para sí.

El calor lo devolvió a su calvario, el abismo de los ojos de esa pequeña virgen sudorosa, mucho más aterrorizada que él, llena de dolor, perdida en una ignorancia infernal más allá de lo cómodamente imaginable. Una víctima con un sufrimiento imperecedero, inexpressable. Sólo sabía que la habían golpeado desde su primera menstruación; que era vieja; que ahora iba a tener un niño —no *su* hijo: el hijo de otro; que la habían comprado a buen precio; que, aunque su madre y su familia la llamaran como lo hacían, nadie se atrevería a repetirlo delante de su *señor*; que debía dejar de chillar si no quería que la matrona le partiera la cara a cuartazos; que no debía moverse, pues en caso contrario, la vieja le pellizcaría su adolorida entrepierna; que ya no quería morder el rebozo de amargo regusto: si no lo hacía, la comadrona se lo haría tragar tapándole las narices. Bufaba y pujaba. Toda la noche la habían picado los moscos y no aguantaba la comezón de las piernas. Las márgenes anales estaban en carne viva por la diarrea amibiana y por la “limpieza” que le habían hecho, con trozos de papel en los cuales guardaban cal viva. Cuando se tranquilizaba y las contracciones la dejaban respirar, fantaseaba con las tijeras de la olla: clavarlas en su cuello sudado.

El médico salió de su marasmo y quiso volver a ver todo: la cbellera negra recogida en una gruesa trenza, los infantiles senos que se asomaban por entre una blusa tejida, abierta y rasgada por sus pequeñas manos, y lo peor: la pesada falda de lana negra que la cubría hasta los tobillos, pese a estar con las rodillas separadas. Quiso salvar en un último intento la situación:

—¿Cómo se llama la niña?—, preguntó a la comadrona, cuyos diminutos ojos no dejaban de observarlo mientras canturreaba sonidos ininteligibles. Era un poco más joven que la vieja lavandera que los había recibido.

—Ya casi está lista, pues, pero la criatura no se dejó voltear en toda la noche... le jalaba los piecitos y le empujé bien hartito el ombligo para que se clavara el colodrillo, pero yo creo trae bolsa dura... ire —le señaló unas toallas ensangrentadas. Chimuela, la partera se llamaba Caridad y, como única solterona del pueblo, tenía el rostro arrugado por odios callados y venganzas pendientes; solamente se aligeraba cuando conseguía celebrar nuevos tormentos, cuando le pagaban por otra inmolación.

—Yo creo que la criatura viene con luz de luna. Tiene harta fuerza y babea como nopal. ¡Ya hasta orinó tres veces...!—, finalizó su diagnóstico mientras empujaba un largo trago de aguardiente.

—Pregunté que cómo se llama la paciente—, dijo el médico, levantando la voz; se acercó a la cara de la extenuada chamaca, arrodillándose a un costado y abriéndose la camisa por el calor. Tomó su maletín para sacar lo necesario: un analgésico, una solución para canalizarla, gasas, micropore, unos guantes. Luego sacó el esfigmomanómetro y el Pinnard para ver sus signos vitales; lo hizo como autómatas y de malas. Buscaba un espacio que no fuera la tierra para colocar los aparatos. Quería ayudarla, pero deseaba largarse de allí lo antes posible. Mientras probaba su lámpara pensaba que era viernes y que, terminando eso, regresaría a México, se embriagaría, tomaría suficiente valium para dormirse tres días y sentía ya en la garganta la pegajosa dulzura: la remota y bella posibilidad de jamás despertar.

—Se llama Pabla, Pabla Romero—, aseveró sería la comadrona, quien con la mirada invitó a pasar a la choza a Jeremías, quien se colocó a espaldas del doctor, sin hacer el menor ruido, y permaneció hierático, acariciando con cuidado la cacha de su .38.

—Paula, doctor, me llamo Paula, aaaay—, chilló un poco y quiso incorporarse, —ayúdeme por favor, ya no aguanto, me está partiendo en dos, siento agua en toda la espalda... aaayy nanita, aaayyy ¡por favor! —, gemía como en una tortura, pero antes de que terminara, la comadrona, hincada a su lado, tiró enérgicamente de su trenza hasta que la nuca golpeó el piso de tierra, mientras le metía por la fuerza la botella de aguardiente, casi ahogándola.

—¡Qué le pasa, Caridad! ¡¿está loca?!—, bramó Ulibarri, arrebatándole la botella y empujando a un lado a la vieja. — ¿La quiere ahogar? ¡Carajo! ¡Prepárela porque me la llevo al Centro de Salud!

La niña no olvidaría nunca ese gesto: un hombre fuerte la defendía. Lo quería ver, y ver, y seguir viéndolo, pero una contracción intensa interrumpió todo.

—¡Aaayyy! ¡¡AAAYYY!!!, gritó como loca la chamaca y empezó a temblar y a convulsionar. El niño estaba por salir. El médico levantó la falda para ver si estaba coronando y sintió la cabecita del niño. Justo en ese momento, la comadrona sonrió diabólicamente y con gesto mustio le dijo al doctor:

—A la niña nadie la ve, mientras con su mano en forma de garra, lentamente bajaba la falda y tapaba los genitales de Pabla con la gruesa enagua de lana negra, empapada en sangre y agua de la fuente. Ulibarri era un pasante de medicina que aguantaba muchas cosas, pero tenía sus límites y esta vez no se contuvo:

—¡Óigame pinche vieja, ya está coronando el niño y no tarda en salir. Voy a atenderlo aquí, pero lo voy a hacer como se debe hacer! ¡¿Lo oyó?— La mirada inyectada y los puños cerrados de Mikel apuntaban al cuerpo de la comadrona que, muy seria, hizo un ademán por encima del hombro del médico a Jeremías. Mikel ni siquiera volteó, tan sólo escuchó cómo amartillaba, la clara caricia del cañón detrás de la oreja. Con voz aguardentosa y torpe, repetía la sentencia de la vieja:

—A la niña nadie la ven...

Todo estaba claro: si levantaba la falda, sería lo último que haría. Mikel tomó aire; en ese momento el endemoniado calor desapareció, sintió todo su cuerpo empapado y, como si de pronto se hubiera convertido en una máquina, colocó una de las sábanas impecables a un lado de la parturienta. Sacó su instrumental; se colocó un cubrebocas y, al hacerlo, observó que entre las palmas del techo de esa maldita choza avanzaban, en el más precario equilibrio, varios alacranes de regular tamaño, justo sobre su cabeza. Continuó disponiendo todo para recibir y atender el parto. Del palo central de la choza colgó un frasco de solución glucosada y conectó la venoclisis al brazo izquierdo de la pequeña. Lo fijó con tela adhesiva y preparó una jeringa con oxitoci-

na que dejó lista en la boca de la botella de la solución: parecía enfermera de película muda. Ya no oía ni los gritos de la niña ni las sugerencias de Caridad. Se enguantó con cuidado, como cuando lo hacía en el hospital universitario años atrás, en sus exámenes de técnica quirúrgica, y metió sus manos por debajo de la falda de lana. Le ordenó a la niña que pujara y perdió la noción del tiempo. Pabla pujó varias veces y la cabecita del bebé salía un poco, pero se introducía de nuevo. Se trataba de una circular del cordón. Mikel tomó unas pinzas y con cuidado las colocó entre el cuello del niño y el cordón, luego otras, hizo lo mismo y preparó sus tijeras. El cordón era grueso y le desesperaba no poder ver nada; sintió miedo de cortar la cara del bebé y en ese momento empezó a acumular toda la venganza posible contra la comadrona y Jeremías. Cortó bien el cordón y logró sacar sana y salva a la creatura, quien de inmediato lloró. En ese instante apareció la otra anciana preparada con unas sábanas limpias para lavarlo y envolverlo. El médico se lo pasó de manera automática y, simultáneamente, Jeremías salió de ahí; después de quitarle la falda y la blusa empapadas a Paula, Caridad la cubrió con una sábana y sonriéndole le decía que ya era una mujer.

154 —¡Es niño, es niño! ¡Ya ves, taruga, te dije que iba a ser niño! Y tú chillando como loca—, y se reía con sorna, repitiendo que era niño y que alegraría mucho a su padre.

Mikel tomó las pinzas que sujetaban el extremo del cordón placentario y esperó el alumbramiento. Venía completa la placenta. Legró con cuidado, cambiándose los guantes, y cuando estuvo lista comenzó a pasarle la oxitocina y anestesió los genitales para suturar esa vagina infantil, reventada de la forma más imbecil que pudiera imaginarse. En la mente del médico un torbellino de ideas desintegraba los espacios sinápticos: “¿Cuánto le daré de Apgar? No, lo más importante ahora es el toxoide tetánico, hay que suturar con cuidado, que no se le tape la venoclisis, que ya deje de sangrar, el niño está llorando, eso es bueno y parece que la otra anciana sí sabe cuidarlo. ¡Madres!, las gotas para los ojos” y se levantó para buscar en su maletín gotas de cloranfenicol para los ojos del bebé; aprovechó para anudar bien

el cordón del niño, tomar una huella del pie, y medirlo y pesarlo con un rudimentario dinamómetro del equipo de partos que la UNESCO les daba a los médicos que vivían estas situaciones, en África o países por el estilo. Dejó al niño y terminó de suturar a la madre; estaba lavando los genitales cuando lo conmocionaron tres tiros de pistola. Se levantó de inmediato y pensó que lo matarían: era Jeremías, que tiraba al aire para avisar que todo estaba bien. Mikel sintió que algo se le movía en el cuello e instintivamente se lo sacudió: era un alacrán, que cayó a unos pasos y que su bota despedazó en segundos. Siguió con la sensación de estar infestado de insectos, pero procuró calmarse y se mordió la lengua. Pensaba cuántas descargas adrenales habría tenido ese día y lo maravilloso del cuerpo en poder hacer frente a todas ellas. Esperó a que Caridad saliera junto con la otra vieja que se había llevado al niño y esperaba a la sombra del amate, mientras bajaba de la sierra el padre del niño. Eso podía suceder en cualquier momento, pues otras tres detonaciones más o menos lejanas habían respondido al aviso de Jeremías.

Mikel recogió sus cosas, las guardó en el maletín y se arrodilló a un lado de la niña. Le quitó la sábana y la contempló desnuda. Le apretó suavemente el muslo derecho, deslizó apenas la mano hacia la parte exterior del comienzo de la nalga. La habían lavado ya y la bañarían otra vez más tarde. Ella lo vio y no dijo nada. El médico paseó su índice derecho por el cuello y por los labios. No la miraba. Se quitó la camisa muy despacio y la sentó frente a él. La abrazó y le besó el cuello dos veces. La recostó y la cubrió de nuevo, se puso su camisa y el sombrero y se arrancó el cubrebocas mientras salía, caminando hacia su caballo.

Vio su reloj, las cinco y media. Recordó vagamente los múltiples peligros de la zona a esa hora, pero no sintió miedo. Jeremías le dijo que él lo acompañaría hasta la cañada y Tomás ya se estaba adelantando unos pasos.

—Óyeme bien Jeremías, le amonestó el médico. Si te vuelvo a ver, no respondo. ¡Maldito malnacido! Lárgate y dile a tus jefes que ya está su trabajo y que ya dejen de estar jodiendo. ¿Oíste, desgraciado? ¡Cuando quieras matar a un médico, mátalos de frente!— Esto último lo gritó

para que lo oyera el chamaco de quince años, que ya estaba soltando a los perros.

—No se enoje, doctor, yo ni le hice nada... es que la vieja esa va y raja y a mí me pela el patrón— lloriqueaba el otro mientras se acercaba al médico y extendiendo la mano le ofrecía un sobre de papel manila. —Es por su ayuda y porque Diosito nos lo mandó para sacar vivo al niño, no me lo desprecie, que si no a todos nos toca—. Y corrió torpemente para alcanzar el caballo de Mikel, quien lo ignoraba hasta que Tomás, al verlo tan angustiado, le dijo en voz baja:

—Doctor, sí mejor agárrelo, es buena lana y usted se la ganó, y además es cierto lo que dice el gordo, si usted no la agarra nos toca a todos: al patrón no le gusta deberle nada a nadie.

Mikel dudó un instante, pero sabía que él mismo tenía necesidad de un poco de dinero. Le quedaban veinte pesos para terminar la quincena y se quedaría sin medios para el pasaje a México. Paró el caballo. Volteó hacia Jeremías y tomó el sobre sin saber qué decir.

—Gracias, doctorcito, perdone tanta molestia, pero ya sabe usted que aquí la gente se guarda la inquina—, se le quebró la voz a Jeremías, mientras se frotaba los muñones de sus dedos amputados y se acomodaba los desvencijados anteojos. Mikel hizo una seña a Tomás y arrancaron hacia el Centro de Salud. El médico quería contar los billetes que sentía en el sobre amarillo, pero su mente estaba en el cuerpo de la niña. Decidió no contar el dinero hasta llegar al consultorio.

A lo lejos, tronaron cientos de disparos al aire.

—Cabrones, se rió Tomás. A ver si no se los cargan los verdes por escandalosos.

Había júbilo por un niño. Mikel nunca supo lo que la recién parida vivió en aquel abrazo, en esos hombros quemados, con pecas, y el pelo de un pecho que golpeaba a noventa latidos por minuto. La niña sólo pidió una cosa a la Virgen: “cuídamelo, Morenita...”

* * *